EL AITON BASCONGADO

En las largas noches del invierno, cuando el cierzo del Septentrión, cubre de blanco sudario las montañas y laderas de la Euskaria, la familia bascongada se congrega en el tibio y agradable ambiente de la espaciosa cocina, donde al calor del añoso tronco que arde en el fogón tejen ó hilan las mujeres para llenar los huecos que ha dejado el verano transcurrido en su patriarcal ropero, *kucha;*— reparan los aperos de labranza los hombres, dignos émulos de Cincinato muchos de ellos —y rodean los niños cerca del fogón al buen anciano, que refiere las tradiciones, historias y consejas de su pueblo con la mesura y gravedad de quien tiene la conciencia de que eslabona el pasado, que simboliza él, con el futuro que representan sus tiernos nietos.

Puede asegurarse, que el bascongado que haya tenido la suerte de asistir á las veladas de su *aiton,* conoce á su país y sabe cuanto debe saber para desempeñarse en la vida con la dignidad y la altura, que la solidaridad de su raza le imponen.

En estas veladas el buen anciano ha dado existencia moral y fisonomía propia á las cumbres, las colinas, las laderas, los valles, los ríos, arroyos y fuentes que se destacan desde la alta cima en que termina la falda ó la cordillera en que se asienta su caserío, porque les ha referido un hecho histórico ó una tradición referente á cada uno de éstos puntos y accidentes del terreno. Ha detallado y clasificado cada uno de los caseríos que componen la aldea de su residencia, con el abolengo y parentesco recíproco de las familias que las habitan. Ha rememorado con los hechos más culminantes los hombres y las mujeres de esta merindad, que se hayan distinguido en el presente y en el pasado, por algún concepto noble ó por alguna de las disposiciones en que han sobresalido. Ha referido el origen y el resultado de las guerras en que ha actuado, y de aquellas de que tiene memoria el

país. Ha expuesto, con especial atención, todo lo que á su aldea y á su pueblo atañen, tanto en el orden moral como en el material; y llevado de un cariño que los años no han hecho más que acrecentar, ha recalcado cuanto puede enaltecer á la aldea primero y al pueblo después; porque entiende que para ser verdaderos el santísimo amor de la patria y el generoso y fecundo sentimiento de la confraternidad humana, deben iniciar y desarrollarse al través de la aldea en que se ha deslizado nuestra infancia, y de la familia que nos ha legado su existencia.

Referirá con gravedad y tono irreplicable, la historia de su familia, á la que encomiará realzando los méritos y las virtudes que la hayan distinguido, para que sus vástagos la tengan siempre presente para imitarla. Si ha habido algún miembro en ella, cuya conducta haya sido vituperable, excusará el nombrarlo; porque los pecadores necesitan el perdón del silencio; en cambio, si alguno ha caído ó está en el camino de la indigencia, lo recordará para recomendarlo con especial cariño, repitiendo *ez da aztu bear ura ere guretakoa dala*— porque cree que dentro de los vínculos de solidaridad de la familia no cabe el abandono del hermano indigente.—Con la misma gravedad y respeto contará todo lo que en materia de derechos públicos y privados, han consagrado los usos y las costumbres, refiriendo el origen de éstos derechos á Dios; porque el euskaro está muy penetrado que su *Jaungoikoa* ha hecho con iguales derechos á los hombres, y que les ha dotado de un criterio para que organicen su método de vida, ó sean, sus usos y costumbres, con arreglo á sus necesidades y conveniencias, para el mejor servicio propio y recíproco. Si se ha conculcado algún derecho público, lo consignará con toda amargura; vituperará el acto, que clasificará de sacrílego, y concluirá manifestando la confianza de que el país recuperará el derecho conculcado, porque, además de creerlo necesario á su existencia, lo conceptúa exclusivamente de su pueblo. Proclamará como fuente de todo bienestar, la asociación del trabajo con la probidad y el amor de la familia. Elogiará el valor—criticará la temeridad y execrará la cobardía. Recomendará como base de la vida social el *alkartasuna* (la reciprocidad bascongada)—porque la asociación es la fuerza, que engendra la vida y promueve el desarrollo y el progreso del trabajo, que deben crear los elementos de su bienestar. Inculcará con la idea de la emancipación del hombre, las ventajas de las ocupaciones rurales, porque cree que el hombre debe disponer de

su independencia para desarrollar con su carácter y laboriosidad, las aptitudes que le sean ingénitas; y que debe vivir en el mayor contacto posible con la naturaleza, que es el manantial inagotable de la salud del cuerpo y del espíritu. El casero bascongado compadece siempre al asalariado y al obrero de los centros urbanos; desconfía de los recursos del que vive atenido al jornal diario, y todavía más de la salud y del porvenir físico del que nace y se cría á la sombra del alero de las casas agrupadas, como desconfía del frutal que se planta á la sombra de la selva.

El *aiton* de la región basco-española como el de la francesa estudia y describe en las historias, cuentos y consejas que refiere en estas veladas, la vida y las costumbres de la Euskaria en sus más mínimos detalles,—lo mismo que explica en estas historias y consejas los principios políticos, económicos y sociales que predominan en su régimen tradicional. Está tan penetrado de la bondad de estos principios—reviste de tal autoridad su palabra pausada, sentenciosa y grave—fluye de él tanto amor y veneración á la tradición y á la existencia de su pueblo, que irradia, difunde y arraiga en su auditorio con la intensidad de un dogma las creencias y aspiraciones que han constituido siempre el credo sacro de su raza y de su país.

Digno representante de un pueblo que se ha sacrificado en todo tiempo al lema de su *Jaungoikoa,* su patria y su ley, y que ha cimentado la virtud del estado en la virtud del ciudadano, el *aiton* bascongado baja al sepulcro con la plácida y dulce tranquilidad del patriarca que ha cumplido su deber en la tierra, y ha enseñado el suyo á los que deben perpetuar en su casa y en su pueblo las tradicionales virtudes que han erigido el sólido pedestal, sobre el que se asienta la inmarcesible gloria de su patria y de su familia.

JUAN S. JACA.